

Gabriel Bascones de la Cruz

Departamento de Proyectos Arquitectónicos, Universidad de Sevilla.

Esther Mayoral Campa

Departamento de Proyectos Arquitectónicos, Universidad de Sevilla.

Mar Loren Méndez

Departamento de Historia, Teoría y Composición Arq. Universidad de Sevilla.

Habitar un paisaje hostil. Transformaciones en un paisaje productivo.

RESUMEN. La investigación reflexiona sobre un contexto en permanente transformación, con origen en una propuesta arquitectónica desarrollada en la ETSA de Sevilla. Dos han sido los objetos de reflexión que han vertebrado la investigación: la naturaleza hostil de un singular paisaje y nuevas formas de habitar que sirvan de catalizadores a su continuo proceso de cambio. El entorno de trabajo se sitúa en las marismas del Guadalquivir, paisaje que conserva características naturales, pero transformado como explotación agrícola arroceras. Los proyectos proponen la reutilización de algunas estructuras preexistentes vinculadas a su actividad productiva, en las que acoger nuevos habitantes que superpongan miradas distintas a una realidad hasta ahora sólo interpretada desde su carácter productivo. El reciclaje de los complejos agrícolas es una oportunidad para su hibridación con usos sociales y culturales, actuando como catalizadores en este paisaje inhóspito.

PALABRAS CLAVE: paisaje antrópico, reciclaje, habitar, territorio agrícola.

ABSTRACT. The research reflects on a ever changing context, arising from a proposed architectural intervention developed at ETSA Seville. Two objects vertebrate the research: the hostile nature of a unique landscape and new ways of living that serve as catalysts to their continuously changing. Located in Seville, this landscape preserves natural features of the Guadalquivir marsh, but profoundly transformed by the rice exploitations. The project proposes the reuse of some existing productive structures, where new inhabitants are invited to give a new interpretation of this reality, hitherto only interpreted from its productive nature. The recycling of the agricultural complexes for places to work and live but also as an opportunity for hybridization with social and cultural uses, act as collective catalysts in this inhospitable landscape.

KEYWORDS: anthropic landscape, recycling, modes of living, agricultural territory.

Habitar un paisaje hostil. Transformaciones en un paisaje productivo.

Las Marismas del Guadalquivir son aún uno de los mayores humedales de Europa. Por sus características propias, inundaciones con períodos de sequía, la dureza del clima, la escasez de vida en los largos estiajes, la salinidad de los suelos y la falta de agua disponible, la han hecho ser tradicionalmente un área de repulsión humana, pero, a la vez, fue apetecida como un espacio privilegiado para el planteamiento y desarrollo de proyectos de conquista y colonización, como una “terra nullius” donde poder crear una nueva organización del espacio y unas relaciones sociales sin precedentes. (González Arteaga, 2005) ¹

El presente trabajo propone una mirada reflexiva sobre un singular paisaje, la Marisma del Guadalquivir, territorio en constante transformación que conserva características del humedal original del parque de Doñana, pero fuertemente marcado por su posterior transformación como explotación agrícola. Paisaje antropizado de una imponente presencia física, mezcla de elementos naturales y artificiales, a la vez espacio hostil al hábitat humano y lugar de oportunidad.

La mirada que se ofrece sobre él es interpretativa y propositiva, propia del proyecto arquitectónico entendido como método de investigación. Recoge la experiencia de un Taller de Arquitectura formado por un grupo de alumnos y profesores de segundo curso de la ETSA de Sevilla. Experiencia de fuerte carácter experimental, tanto en el objeto de trabajo, como en su metodología, buscando la integración de las distintas disciplinas que intervienen en el proyecto arquitectónico. ²

Dos son los objetos de reflexión que vertebran la investigación: la naturaleza del singular paisaje en el que se enmarcan las actuaciones, último protagonista de todas ellas, y la inserción en él de nuevas formas de habitar como acción que ponga en valor sus características y sirva de catalizador a su continuo proceso de transformación.

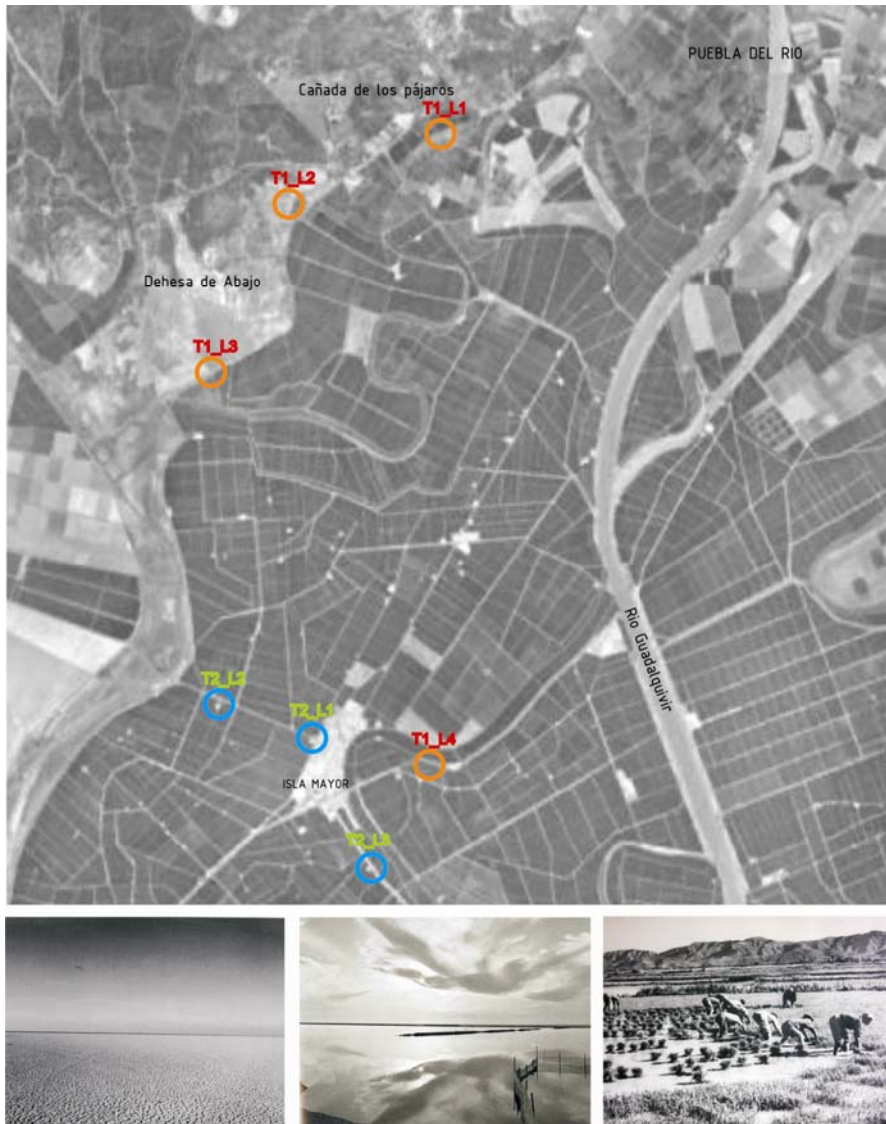


Fig.1. Foto aérea de Isla Mayor: enclaves. Imágenes de la marisma. Atín Aya y Federación de arroceros.

Un territorio en constante transformación.

‘Ser el punto más alto de lo que miras engaña mucho al ser humano, que o bien queda sobrado de soberbia, o bien queda derrotado por la inmensidad’.³ (Araujo, 2000). Con esta rotundidad describe J. Araujo la impresión que ofrece el paisaje de la desembocadura del Guadalquivir. De sus extremas condiciones naturales destaca su potente geometría horizontal y la determinante presencia del agua. Estos factores aportan una característica intrínseca a este paisaje, su condición permanente de cambio. Transformación reflejada en las variaciones estacionales que la hacen pasar de un vasto territorio inundado, a un tierra inerte y agrietada; así como en los ciclos diarios, cuando las aguas del río acusan la marea, como reclamando el pasado marino de estas tierras.

A estas transformaciones naturales se suman las realizadas por el hombre. Su conversión en arrozal significa la roturación del terreno y el control hidrográfico que, junto a la estructura viaria, imponen al territorio una geometría regular, nueva realidad física híbrida entre natural y artificial. Geométrica transformación de la superficie terrestre que es prácticamente inapreciable sin situarse a una cierta altura sobre el plano pisable.

Las dinámicas productivas agrícolas también han estado caracterizadas por su transformación, en pocas generaciones se ha pasado de un cultivo manual, asociado a un sistema de ocupación de baja intensidad, pasando por una primera mecanización que mantiene la estructura territorial dispersa, para acabar con una reorganización en cooperativas colectivizando sistemas de explotación. La siembra aérea, la concentración en pocas instalaciones de mayor escala, la introducción de personal técnico e investigador, o la adopción de sistemas de cultivo más respetuosos con el medio ambiente no son más que algunos ejemplos de esta deriva. Frente a ellos la obsolescencia de las primeras instalaciones, huellas de un pasado reciente.

Pero lo que singulariza a este territorio, otorgándole una cualidad de contemporaneidad, es la capacidad de superponer esta serie de capas de una forma aditiva, consiguiendo una simbiosis entre estos diferentes valores naturales, ecológicos, productivos y sociales que le confieren su particular identidad, un valor patrimonial que por su complejidad permite hablar de un paisaje cultural.

La poca impronta física en el paisaje de las transformaciones sufridas ha permitido que perviva su riqueza natural y ecológica. Lo indómito de su naturaleza, cuya aridez y potencia le ha hecho resistir el pulso a los intentos de ocupación, ha dado como resultado un ecosistema de frágil equilibrio, cuya diversidad acerca a él a grupos heterogéneos que lo aprecian desde diferentes ópticas, productiva, ecológica, etc., siendo todavía un territorio de un enorme potencial oculto.

La marisma, un territorio de oportunidad.

La colonización de las Marismas del Guadalquivir como espacio agrícola es un fenómeno que tiene lugar en el siglo XX. Sus condiciones adversas para vivir hacen que históricamente sea sólo valorado por su potencial productivo. Espacio inicialmente desolado y lagunar, comienza a ser explotado en el siglo XVII, enfrentando entonces intereses de ganaderos y agricultores. El primer intento de colonización realizado por Felipe V en el siglo XVIII no consigue modificar su estado casi natural, no siendo hasta el siglo XIX cuando esta situación cambie drásticamente.

Su explotación agrícola se ha caracterizado desde los años veinte del pasado siglo por un carácter experimental, laboratorio donde se ensayó entre los años 1927 y 1930 con diferentes cultivos, -algodón, maíz y tabaco- aunque sin éxito, siendo el arroz el que definitivamente marcará su posterior desarrollo.

La posguerra española marca un hito en su evolución, zona de producción de alimento para las tropas del bando nacional, se convierte en zona de acogida para trabajadores estacionales. Su potencial económico y condición de territorio virgen atrae tanto nuevos agricultores, venidos especialmente de Valencia, como a población perseguida en busca de refugio, convirtiéndose en lugar de reinversión vital. Es entonces cuando también se produce su ocupación sistemática, bajo el gobierno franquista, cuando el Instituto Nacional de Colonización, declara en 1940 las Marismas de Interés Nacional, pasando de una ocupación dispersa a una estructuración de carácter urbano. Los pueblos creados como Alfonso XIII o Isla Mayor, concentran la población a partir de los años sesenta, con el consiguiente abandono de viviendas y equipamientos previos.

Actualmente nos encontramos con una explotación cuya capacidad de innovación la ha convertido en uno de los arrozales de mayor rendimiento a escala europea, aunque amenazado por el potencial cambio de salinidad en las aguas que originaría el dragado del río actualmente en estudio. Su auge ha modificado también el sistema productivo desde los años 70 por la consolidación de la organización cooperativa y una tecnificación generalizada, concentrando en grandes instalaciones industriales la producción, dejando otras de menor escala atomizadas en el territorio, que enfrentan su obsolescencia funcional al indudable valor patrimonial, elementos identitarios de este paisaje productivo, cuya salvaguarda es objeto de reflexión de este trabajo.

Propuesta de transformación

Esta investigación continúa con el espíritu de experimentación, seña de identidad del lugar. Se propone una nueva forma de habitar este territorio

hostil, alojando habitantes que aportan diferentes formas de mirarlo o interpretarlo. De perfil mixto, compartirán una característica común, la temporalidad, confiando a esta diversidad de intereses y a su carácter transitorio, la viabilidad de una morada en este árido entorno. Se buscarán formas de habitación íntimamente ligadas con la naturaleza de este paisaje, una manera de instalarse que se contagie de la fragilidad del ecosistema en que se inserta, en una actitud más próxima a encontrar cobijo en lo preexistente que en imponer una nueva colonización. Su soporte arquitectónico se relaciona más con el reciclaje de estructuras preexistentes, actualmente en desuso o infrautilizadas, convertidas así en morada de estos habitantes en tránsito.

Se proponen dos escalas de trabajo. Una individual, desde la que experimentar este territorio de escala inconmensurable, creando una serie de **refugios** para estancias breves destinados a los diversos ocupantes o visitantes de la zona: trabajadores agrícolas, senderistas, observadores de pájaros o científicos. Refugios que nos sitúan en la esencia de la arquitectura, cuya instalación permite al sujeto la comprensión y asimilación del medio, convirtiéndolo en espacio habitable, lugar de su propia experiencia.

La escala colectiva del núcleo habitable toma origen en transformaciones actuales de la actividad productiva del entorno. El desarrollo de la explotación arrocerá ha venido demandando en los últimos años una creciente actividad científica, convirtiendo este territorio en espacio de investigación, incorporando un nuevo colectivo que colabora en las labores agrícolas. Se propone la reutilización de los complejos arroceros en desuso como enclaves para estos colectivos, para vivir e investigar, pero también como oportunidad para su hibridación con usos sociales y culturales, que actúen como **catalizadores** en este paisaje inhóspito.

Registros del paisaje.

Los refugios se concretan en cuatro localizaciones, reducido número de registros del paisaje que evidencian las claves del mismo. Dos de ellas se insertan en la superficie horizontal de la marisma y en clara relación con la variable cota del agua: una serie de casetas de bombeo y una explotación agrícola compuesta por una vivienda y un secadero de arroz. Dichos elementos se relacionan con los sistemas de transformación del humedal a arrozal y de su primera colonización. Las otras dos, una gravera abandonada y el sistema de control de una presa de agua, se ubican en el límite que cerca el humedal.

Parte de la infraestructura hidrográfica lo constituye un **sistema de bombeo** que genera un conjunto de casetas para su control, edificaciones auxiliares que se repiten a lo largo de la superficie del arrozal. Sencillas construcciones asociadas a pozos de extracción que alojan en su interior la maquinaria de bombeo. La altura necesaria para la captación de energía eléctrica los convierte en interesantes hitos, únicos elementos verticales en este paisaje.



Fig.2. Proyectos de los alumnos: G. Bilbao, A. Carmona, F. González y M. Rodríguez, P. Gutiérrez, D. Muñoz, M. Muñoz y D. Rivera (T1-L1); N. Carretero, M. López, S. Moreno y F. Yuste. (T1-L4)

Las propuestas refuerzan esta cualidad de sistema extensivo en el territorio desde estrategias casi opuestas. Unas trabajan con los elementos preexistentes, reconociendo la singularidad de la ubicación de cada uno de ellos, entendiéndolos como una superposición de capas: maquinaria, hábitat para visitantes o científicos, dispositivos para anidación de aves, observatorios, etc. Nuevos significados que se traducen en diferentes estrategias de implementación y transformación arquitectónica de estos elementos reutilizados. Frente a esta acción atenta a lo heredado, otras reconocen y enfatizan su condición de red, abstrayendo la función, desvinculándola de la herencia material. Las casetas son sustituidas por nuevos módulos que añaden a sus funciones la de cobijo para los técnicos. En su imaginario no renuncian a la utilización de un lenguaje tecnológico, generando una red aérea de sensores habitables que controlan los cultivos. Red que cuenta con un espacio de control de datos que, frente a la arquitectura emergente de sus captadores, se oculta sumergiéndose en el terreno.

El otro enclave situado en la marisma se relaciona con los primeros asentamientos. Disipados en el arrozal encontramos infraestructuras de apoyo a las labores agrícolas que, ligeramente elevadas sobre el terreno para protegerse de inundaciones, se configuran a modo de islas. Entre estos destacan los **secaderos de arroz al aire**, superficies de hormigón de geometría regular en torno a las que se agrupan el resto de edificaciones. El elegido es uno de estos conjuntos de los de menor envergadura. Lo reducido de su programa y la sencillez geométrica de los elementos que lo componen lo convierten en paradigma de la forma esencial de habitar en el mundo: la construcción del firme -la losa rectangular del secadero- la mínima expresión la vivienda -la icónica cabaña parabólica característica de la zona- o la leve transformación del terreno - la rampa que adecúa el medio al trabajo del hombre.

Las propuestas son conscientes de lo poco que esta ubicación necesita de añadidura, pues contiene en sí la generación esencial del hábitat. Se disgrega el programa en una serie de cobijos en torno a éste que se alejan de él enfatizando su relación con el medio. Espacios que surgen de la manipulación -pliegue, cubrición o excavación- de los límites de la unidad de explotación (tabla) a la que se vincula, estableciendo siempre un diálogo visual con él, y mostrando su escala territorial. Otras propuestas prescinden de la edificación para añadir simplemente ligeros artefactos mecánicos que hagan legibles cualidades del lugar imperceptibles de otro modo, inmateriales o atmosféricas, tan evidentes en este paisaje del vacío. Convierten así al emplazamiento en un sensor que transmuta en movimientos y sonido el ritmo lento de las variaciones del agua, o la invisible dirección e intensidad de los vientos.

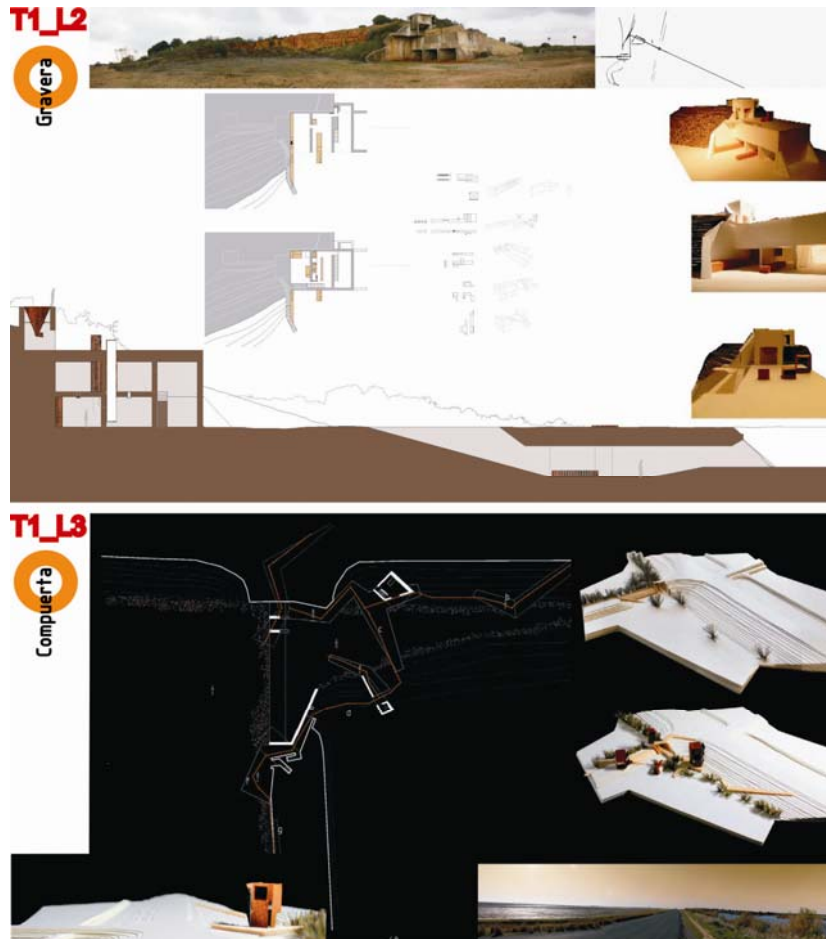


Fig.3. Proyectos de los alumnos: J. Espino, E. Nieto, E. Bello y E. Smalonskaya (T1-L2); V. García, E. Moya, A. Lara y V. Requena. (T1-L3)

Para entender espacialmente la marisma es necesario recorrer su frontera física, su límite topográfico. En él encontramos dos puntos singulares de observación que invitan a detenerse para leer el paisaje. Frente a las redes o sistemas antes considerados, éstas son localizaciones únicas, leves accidentes que pese a su poca presencia muestran o generan las claves de su naturaleza. Enclaves llenos de significado que, a modo de Aleph borgiano, son puntos que contienen todos los puntos de este universo.

El primero de ellos es una **gravera** actualmente en desuso. En la frontera ataluzada se enclava esta instalación industrial mostrando la transformación que en el terreno suponía el volumen de tierra extraída. Vacío excavado y artefacto forman un único elemento, herida del paisaje que la acción humana genera y el tiempo funde en una segunda naturaleza. Su situación lo convierte en una auténtica atalaya desde la que observar este paisaje, apreciar su escala y reconocer tanto el curso del río, su generador, como la artificial geometría de la marisma, inapreciable a ras de suelo.

La maquinaria ha excavado un espacio de cobijo en el terreno. Sus estructuras, ahora vacías, ofrecen el mejor interior para el refugio buscado. La operación será sencilla: convertir lo que fue el recorrido del material a su través en una secuencia espacial. La luz invita a visitar interiormente este espacio desde la cota de acceso hasta el mirador de cota superior. Una última operación cierra el círculo, desde su cota inferior, y siguiendo la estrategia extractiva de la gravera, se excava una galería bajo la vía rodada que desemboca en el plano de la marisma, generando una puerta hacia ella, conectando los extremos topográficos y fundiendo en una sintética operación los dos mundos que la frontera separa.

La vía rodada que limita la zona atraviesa un espacio protegido como reserva natural. Su trazado, más elevado que la marisma, hizo que esta infraestructura funcionara como **presa** para las aguas que a ella desembocaban, generando una laguna artificial que ha derivado en uno de los espacios más ricos en fauna. Así el espacio natural surge de la manipulación del terreno, quedando separado del paisaje productivo por una tersa frontera lineal, el dique de contención. En su extremo oeste existe un mecanismo de control, una **compuerta** que conecta con un canal de desagüe. Será éste el segundo de los lugares de trabajo situados en el límite, evidencia de cómo un mecanismo industrial soporta el equilibrio entre las dos naturalezas antagónicas que separa.

La intervención atiende a los elementos aquí congregados: la laguna, el bosque mediterráneo contiguo y el plano de la marisma. En torno a la compuerta, entendiéndola como elemento capaz de sintetizar todo este universo, se propone una intervención ensimismada, creando una serie de piezas, casi agazapadas, que ofrecen acomodo para acercarse, tocar y oír este lugar de reposo, o bien proporcionan un mirador para observar el horizonte de la marisma, único hito visible desde la lejanía.

Catalizadores colectivos.

Los alojamientos colectivos utilizarán como soporte diferentes complejos de explotación arrocera. Estructuras intermedias en escala, todavía dispersas en el paisaje, y que agregan a las instalaciones iniciales otros edificios

conformando unidades más complejas. Instalaciones en desuso y de un interesante valor patrimonial, serán soporte para nuevos usuarios.

Se seleccionan tres complejos que representan formas diferentes de implantarse en el territorio respecto a la estructura viaria y los núcleos de población existente. Uno de ellos de carácter más urbano, extensión del núcleo de Isla Mayor, y otros dos que se adentran en los arrozales, anexionándose a uno de los caminos principales o en medio del terreno inundable. Las intervenciones compatibilizan la reflexión sobre el cambio de uso como motor de transformación con la investigación sobre modelos de habitación colectivos.

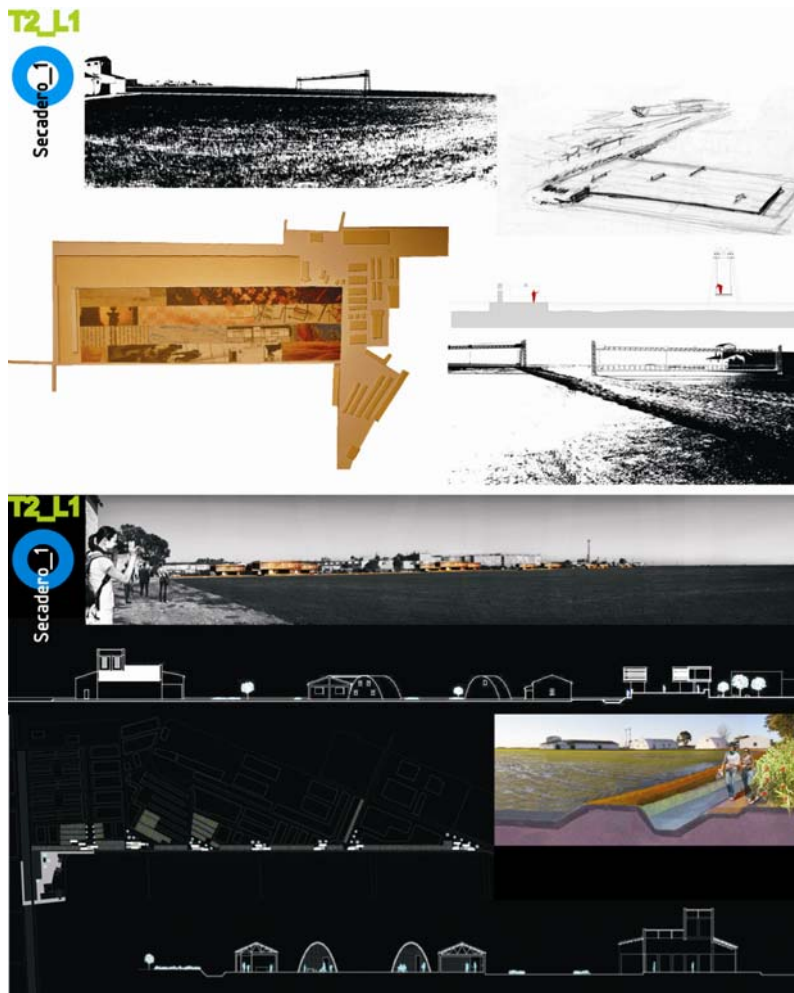


Fig.4. Proyectos de los alumnos: V. García, E. Moya, A. Lara, V. Requena y M. Rosado. (T2-L1) y de J. Espino, E. Nieto, E. Bello, E. Smalonskaya y J. Leza (T2-L1)

La contigüidad con la localidad de Isla Mayor permite abordar la transformación de uno de ellos desde una escala urbana. Se extiende el ámbito de actuación al límite de la localidad con una doble intención: buscar la relación del pueblo y el humedal, y proporcionar los espacios públicos comunes de los que carece. El programa se pone al servicio de esta idea, se regenera el borde del municipio, reorganizando los huertos existentes como nuevo espacio social, compatibilizándolo con una serie de alojamientos para investigadores en ellos diseminados. Convertido en nuevo espacio público, y liberado del uso como alojamiento, la rehabilitación del conjunto agrícola preexistente aloja equipamientos culturales y divulgativos.

La interpretación del programa dicta otras veces las pautas de la intervención. La nueva actividad investigadora permite recuperar la natural relación del conjunto edilicio con la superficie vinculada al mismo, ahora campo de experimentación de cultivos. Las estructuras metálicas, ligeras y móviles que lo controlan generarán un nuevo paisaje propio de esta tecnificación del cultivo. Los alojamientos de estos técnicos, construirán nuevos límites físicos a este laboratorio o se instalarán en las estructuras existentes poniendo en valor sus cualidades espaciales.



Fig.5. Proyectos de los alumnos: P. Gutiérrez, D. Muñoz, M. Muñoz y D. Rivera (T2-L2); J. Lendínez, V. Ceballos, M. García y J. Redondo. (T2-L3)

Este paisaje ofrece más miradas. Sus cualidades físicas lo convierten casi en una obra de *land art*. Fomentando este enfoque, se propone la reutilización de uno de los conjuntos a modo de residencia de artistas, incentivando el trabajo con el paisaje desde esta óptica. Lo transgresor de la propuesta se traslada a lo edilicio. La ampliación de uno de los edificios existente con nuevos sistemas constructivos, permitirá explorar una relación inusual con elementos del paisaje, fundiendo la atmósfera del lugar con el espacio de trabajo.

En estos complejos encontramos situaciones donde la arquitectura existente por su contundencia y esencialidad hace enmudecer. Nada que añadir, sólo enfatizar lo encontrado, explotar sus cualidades. Una de estas estructuras se organiza situando en dos vértices opuestos del secadero sendas edificaciones, opaca una, ligera y transparente la otra, de una arquitectura de trazado culto sorprendente en el lugar. El vacío intermedio convoca el viento, el sol, el sonido y el olor del arrozal. El proyecto subraya lo ofrecido: una serie de alojamientos se ocultan vinculados al camino de acceso al secadero, materializando un muro de contención. La ubicación en los dos edificios de los equipamientos comunes sirve para reforzar sus características espaciales: la envolvente permeable y transparente, insertando el mínimo artefacto que muestre su interior sin tocar la membrana, y la masividad de la nave opaca, compactándola para después tallar en ella el vacío.

Epílogo.

Las propuestas desarrolladas han servido para constatar cómo el proyecto de arquitectura es herramienta de investigación, proceso en el que se trenzan la acción interpretativa de lo existente y la propositiva. Método idóneo para abordar el destino de este paisaje cultural, entidad sólo aprehensible desde la mirada holística ofrecida por la participación de diferentes disciplinas, e instrumento capaz de aportar estrategias para su transformación.

Las intervenciones utilizan como catalizador de cambio la generación de dispositivos que permitan habitar este paisaje hostil, reforzando y tratando de mezclar las múltiples lecturas que ofrece. Arquitecturas que se sustentan en las claves de este paisaje de carácter frágil, atentas a sus valores tangibles e intangibles, cuyas características pretenden poner en valor con intervenciones que supongan la mínima impronta. Proyectos que no persiguen una solución concreta y cerrada, sino desvelar instrumentos y

estrategias de transformación que proceden de la identidad del lugar, estimulan su potencial de cambio y sugieren mecanismos para su actualización, conscientes de que nuestro actuar, especialmente en paisajes con fuertes atributos patrimoniales, es una acción que enlaza los pasados heredados, un presente que interroga, y los posibles futuros.

Notas

¹ González Arteaga, José. *El arroz en las Marismas del Guadalquivir: evolución y problemática actual*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005. p.15

² Taller de Arquitectura, curso 2011/12 grupos 2.13 y 2.14. Docentes: Esther Mayoral, Gabriel Bascones, Mar Loren, Enrique Larive, Carlos Mariñas, Ángela Barrios, Marta Molina, Enrique de Justo, Victoria Fernández-Palacios, Ana Yanguas, Ángel González, Ramón Queiro, Carlos Paneque, Manuel Ordóñez, Javier García, Ignacio Acosta, Pedro García, Gladys Narvona, Percy Duran y Jaime Morell.

³ Araujo, Joaquín, *Sombras de la vivacidad. Atín Aya. Marismas del Guadalquivir*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 2000. p.20

Referencias

González Arteaga, José. 2005. *El arroz en las Marismas del Guadalquivir: evolución y problemática actual*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Araujo, Joaquín. 2000. *Sombras de la vivacidad. Atín Aya. Marismas del Guadalquivir. Sevilla*. Diputación de Sevilla.